

Víctor, un Bórquez Trujillo

Miguel Báez Durán

Lo mandaré lejos. Lo más lejos posible. Quizás a Inglaterra o al Canadá. Así aprende el idioma. Porque me dijeron alguna vez mis conocidas que en Estados Unidos no lo hablan tan bien. Con lo que pasó, papá y mamá no me contestan mis perdonos. Ni siquiera por teléfono. Ya se les pasará. Ahora no reconocen a su nieto. Menos a su hija. Porque siempre me culpan de lo que hace el niño. La madre, sin excepciones, carga con las faltas de los hijos. En lugar de hablar conmigo, me mandan a mi hermana, la presidente del club de jardinería. Recuérdalo. Tú eres Dinora Trujillo de Bórquez, la hija de Osvaldo Trujillo Martínez y Jacqueline Osorio de Trujillo, la esposa de Lucio Bórquez Abad, la madre de Juliana Bórquez Trujillo y, para tu desgracia, de ese engendro. (mami / aquí te traigo tu regalo del día de las mamis / lo hice para ti / la miss me enseñó cómo) No sé de dónde sacó lo vago y lo criminal. De nuestra familia, no. Eso es seguro. Nunca había pasado algo tan horrible en nuestra familia. No sé en la de tu marido.

Le trato de contestar a mi hermana. No soy capaz. Si abro la boca no podré reprimirme. Le importa más la carrera política de su esposo, el senador, que la educación de Víctor. Claro. Es estéril. Es una fruta seca. Ni siquiera se atreve a mencionar su nombre. Lo llama engendro. Como si fuera vidrio en pedazos sobre su lengua, como si se le reventaran los labios desde el interior. Él no es Trujillo para ella. No merece el apellido de papá. Menos con todas las barrabasadas que ha hecho. Eso me dice. Y no será la última. Igual me va a martirizar mi cuñada, la gorda, la mediocre vaca de la caridad, la hermana de Lucio. Igual dirá que Víctor no merece el apellido Bórquez. Trujillo. Bórquez. Apellidos de alcurnia, de clase, de peso completo. Estentóreos. Profundos. Temibles. Donde se mencionan, la gente calla. Donde se escriben, comenta. Yo te lo comenté, Dinora. ¿No te lo dije, mujer? Será muy mi sobrino, pero desde chiquito fue un desalmado. No quiero restregártelo. Sin embargo, él arruinó los quince años de Mariana. ¿No se orinó en el vino que había descorchado tu papá? Un vino de marca, importado y carísimo. Qué desfachatez. Orinarse en el vino que todos íbamos a tomar. Y un niño de apenas once años. Pobre de tu papá. Él sí se lo tomó. (qué ganas traigo / me hago pipí / pinche abue / nomás me dio un cassette de nintendo y yo quería los tres / le dije bien clarito que en mi cumpleaños quería los tres cassettes y nomás me dio uno / pinche codo / pero orita veo qué le hago / orita que anda muy contento / esta fiesta está súper aburrida / me quiero ir a jugar nintendo / y quiero hacer pipí / ya no aguanto las ganas) No puedo imaginarme lo que hará cuando sea un hombre. De veras debes mandar a tu hijo lejos porque ya todos estamos cansados de sus fechorías. Lo que va a decir la gente de mi familia. Y de la tuya, claro. Mira que orinarse en el vino de tu papá. Ay, dios mío, perdona a esta oveja negra porque no sabía entonces y no sabe ahora lo que hace.

Me lo recuerda. Es un sello indeleble entre sus ojos. Ella no lo vio y lo cuenta cual testigo presencial. Cada año, le agrega un detalle más que antes no estaba. Ya pasaron siete desde esa fiesta, a partir de la cual el traje vomitado de papá dejó de hablarme durante dos semanas. Y ella, la beata parlanchina, no deja de recordármelo. Que se lo vaya a machacar al impotente de su esposo, el dentista. Esto último no se le olvidará a la necia en veinte años. En fin. Intento rasgarle a la memoria un principio. Tal vez los problemas con Víctor empezaron cuando estaba en primero de primaria. Lo arrastraron sobre la grava del patio del colegio. Dejaron sus codos y sus rodillas sin piel. Aunque dejé de creer desde los veinte años, le dije que parecía santo cristo. Entonces me observó como si yo le hubiera pegado. (déjenme por favor / yo no les he hecho nada / ¿qué tiene que la miss me haya puesto la estrella a mí? / no por eso soy mariquita / ya déjenme en paz o le digo a mi mamá) Luego se puso a llorar. No paró hasta la noche. Y, después, Víctor dejó de ser como era. Las quejas y las expulsiones siempre se perseguían las unas a las otras.

Cada vez, Lucio logró prórrogas a cambio de donativos que fulguraban en las caras de los directores. Aunque una semana antes amenazaran con proscribir a Víctor, con lanzarlo fuera del colegio; después del cheque, siempre éramos recibidos con reverencias en las juntas. Eso cuando Lucio podía ir. Cuando no, cuando el dueño de maquiladora iba como hoy a hacer sus negocios al extranjero, yo entregaba el pedazo de papel. Obraba magia milagrosa. Pase, señora Bórquez. Por favor, siéntese. Qué gusto volverla a ver. No, el padre Daniel no está. Ya sabe. Se fue de misiones con los muchachos. Sí, ellos lo aprecian mucho. Qué pena haberla hecho venir. Se trata de Víctor. Ya sabe usted. Nuestro colegio se ha destacado, desde hace varias décadas, por forjar la educación de los jóvenes líderes de la comunidad en los más excelsos valores cristianos. (no padre / yo no le metí mano a la miss Malena / ni me zurré sobre el escritorio del director / ni le dije a mis amigos que mi prima Mariana es una piruja / ni le echo mentiras a mis papás / menos a usted) Somos la preparatoria con el mejor nivel académico y tenemos una excelente imagen. Por tanto, lo ocurrido este fin de semana con Víctor, siendo tan penoso, no nos deja otra alternativa. Lo siento mucho, señora.

El padre Gerardo me refuta cualquier explicación con una cara de engañosa amabilidad. Estoy cansada porque esta vez no hay justificaciones que valgan ser dichas. A Lucio le gustaría cooperar con el proyecto del nuevo auditorio: su auditorio a medio construir, su codiciado

proyecto. Se muestra reacio. Tamaño escándalo. Un alumno de su sacro santo colegio. Un alumno suyo empapado con sangre ajena. Lo doblego con el inmediato mes que retiene a Víctor aquí. Está a un paso de terminar la preparatoria, padre. Haga una excepción. Por fin se persuade, toma el cheque y sonrío. Vuelve a disculparse por haberme hecho venir. Qué va. No es ninguna molestia. Mire, señora, no es por molestarlos a ustedes, ¿vedá? Pero el chiquito ya va a cumplir dos años. Y pues mijá y yo le queremos hacer una fiesta. Ella no sabe que vine pues porque tiene su orgullo y no quiere nada de ustedes, ¿vedá? (cómela puerca / así / despacito / pinche gata / trágetela entera / pinche perra / hueles a caca / hueles a queso oreado / me vale madre / igual te la meto / india culera / de seguro te bajaron del cerro a chingadazos / allá abajo te la meto así / a chingadazos / jodida cerda / bien que te gusta / ¿cuándo vas a coger con un chingón como yo? / un chingón con caché / con clase / ¿cuándo vas a revolcarte con una vergota limpia como la mía? / ¿eh? / jodida chacha) Gracias, señora. Como ya le dije, no es por perjudicarlos, ¿vedá? Pero el niño ya está creciendo y pues tenemos muchos amigos en la cuadra. A Agripina le gustaría darle un pastel nomás para él. Y unos tamales para nosotras y los vecinos, ¿vedá? Y pues en la casa donde está trabajando no le pagan muy bien.

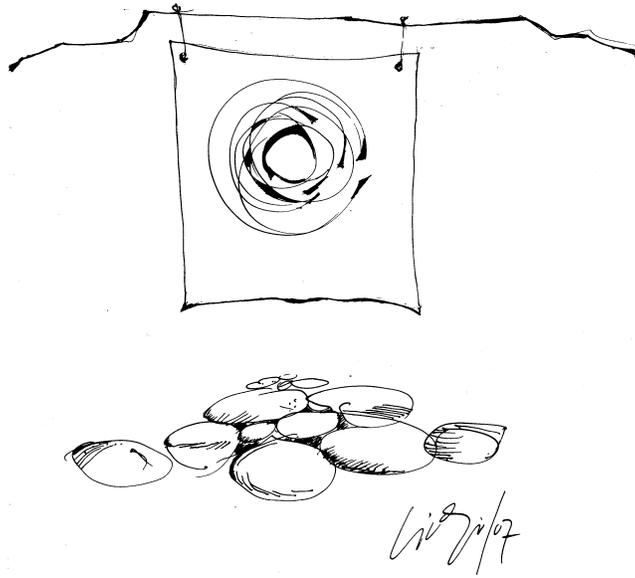
No entiendo cómo a Víctor se le ocurrió acostarse con esa niña, con Agripina. Me acuerdo cuando llegó a la casa. Era un esqueleto mustio y mal oliente con los ojos saltones. Tan abiertos que la perforaban a una. Era inaguantable. No comprendo cómo le pudo gustar ese costal fétido y cosido sin las agujas doradas del buen gusto. Lo entendería si hubiera sido gente bonita. No me hubiera alterado tanto de tratarse de una niña con clase, envuelta en perfumes y tan hermosa como una princesa. Para colmo, salió embarazada la miserable. Se quería vengar por las supuestas humillaciones que le hice. ¿Cuáles humillaciones? Sólo le daba todo con medida: los líquidos limpiadores, el papel del baño, el detergente, el jabón. Cada producto para la limpieza lo conservaba bajo llave. Yo sé cómo son las criadas. Se roban lo que sea. Así lo hice durante años y así lo haré siempre. Yo vi cómo se ponía lívida de odio cuando le daba el frasco, la medida exacta. Nos cobró con el embarazo lo que no podía robarse. La madre nos quiso intimidar, previo discurso telenoveler, blandiendo un torbellino de habladurías. Ni Lucio ni papá lo permitieron. Intimidarnos no es fácil. Somos familias prominentes. Y esta tarde viene la vieja ahora dócil, la mona amaestrada, a mendigar para celebrarle la vida al

bastardo. No me importa si suena pasado de moda, como dice Juliana. Sigue siendo un bastardo. Cuando le comente lo de esta pelada a Lucio —el sábado, cuando regrese de viaje— me dirá que gustoso le hubiera sacado a golpes el ilegítimo bulto a Agripina. Lo sé. Lucio es puro decir, pura labia. Ay, chicas. Yo no soy puro hablar. Se lo dije de frente. Ni se lo imaginan. Fue impresionante. Tan chic de mi parte. Como una cachetada con guante blanco. Se quedó atónita la muy presumida. Le dije yo, por lo menos, no tengo un esposo con una denuncia penal. (estará muy buena para cogérmela / ¿a poco ya no se le para a su esposo? / vieja copetuda y marchita / ya está muy pasada por vinagre para mí / a lo mejor si tuviera quince años menos le hacía el favor a sus canas / porque aunque se pinte el copete yo sé que ya tiene sus venerables canitas / no gracias / está toda fofa y así no se la escarbo / dele a su esposo viagra y a mí no me moleste / pero ¿no tendrá una hija como de veinte años por ahí?) Sí, ¿cómo creen que me iba a dejar con la palabra en la boca, muchachas? Ella se podrá creer todo lo que quiera. Hasta la garza divina, la última Coca-Cola. Eso no le quita a su esposo lo estafador y, según dicen por ahí, lo prestanombres de los narcos. Qué espanto tener en tu propia casa a un delincuente. ¿Verdad, Dinora? ¿Tú qué piensas?

Todas se callan. Si pudieran, me desprenderían el rostro para comerse mis pensamientos. Así callaron cuando entré y cuando me detuve en el vano de la puerta. No podían admitirlo. Mi presencia aquí. Yo tampoco. Papá y mamá me hablaron al fin y me ordenaron que viniera. A mitigar chismes incendiarios contra los Trujillo. No quería. Me hubiera enterrado clavos abrasantes por el cuerpo con tal de no venir. Papá y mamá me dejaron sin opciones. Y Lucio, de no estar en Francia, me hubiera hecho lo mismo. Hasta fui al salón de belleza. Me hicieron un peinado nuevo mientras hojeaba *Vanidades* y después *Hola*. Me maquillaron con suma discreción, en tonos suaves, como debe ser con las mujeres de mi altura. Aunque Víctor prefiera a las de la vida disipada. Con todo el respeto que su grata presencia me merece, el chamaco andaba con una puta. Perdone usted mi léxico prosaico, señora. Esa palabra ha de ser muy soez para sus respetables orejas y sus finos oídos. Pero ésa es la palabra justa, le mo llust. En primera instancia, lo llevaron a los separos. Él les comunicó a esos mandriles que era sobrino del honorable senador Horacio Machado. Por supuesto, no creyeron en sus argumentaciones. (pinches cabrones / son unos jodidos muertos de hambre / unos móndrigos / unos hijos de la

rechingada y vuelta a chingar / nomás lo ven a uno con un carro del año y con su celular / lo ven a uno con más caché y con más lana / y se lo quieren fregar / como si ustedes nunca se hubieran ido de putas / ¿no saben que soy Víctor Bórquez Trujillo? / mi papá es Lucio Bórquez y es dueño de la maquila donde van a ir a jalar sus perras hijas / mi tío es Horacio Machado el senador / mi abue es Osvaldo Trujillo el dueño de las tiendas donde van sus viejas a comprar / sáquenme de aquí pinches mierdas / huele a meados de changos / a ver si se ríen cuando mi tío los deje sin trabajo / él conoce gente / tiene sus palancas / y los va a poner de patitas en la calle / pinches cabrones) Mas sin embargo, mi estimada señora, les dio miedo y le permitieron realizar una llamada porque al celular de Víctor ya se le había agotado la batería. Ya sabe cómo son esos simios. Y se comunicó con su servidor. A pesar de todo, el muchacho es sumamente vivo. Y de ninguna manera estoy exacerbando mi augurio con cobas gratuitas. No, mi estimada señora. Es que de verdad sería un buen abogado. ¿No ha pensado en ingresarlo al estudio del derecho cuando llegue el momento de determinar su vocación vitalicia?

Le quitamos el carro y las salidas por la noche. Eso fue hace dos años. Él se calmó. Parecía regresar al camino recto. Pensamos que empezaba a enderezarse. No sacaba buenas calificaciones en el colegio, no. Pero ya sabía comportarse en las aulas, la casa de mis papás y las fiestas familiares. Cesaron, durante varios meses, casi un año, los estridentes lamentos y los peligros de la expulsión. Hasta que subió el promedio de sus materias. Entonces Lucio le regaló el maldito Jaguar. Ya sé, vieja, ya sé. No te agrada la idea. Piensas que es un premio. Pues tienes razón. Sí lo es. Ya ves cuánto tiempo ha estado Víctor sin carro. Es mucho. Casi ni sale con los amigos. Y ya saca mejores calificaciones. Este escuincle lo que necesita es un incentivo para seguir portándose bien. Algún motivador para continuar con la buena conducta. (miren cabrones cómo le doy al acelerador / hasta adentro / putos / hasta adentro le doy con el pie / ¿qué dijeron güeyes? / ¿a poco mi papá me iba a dejar así sin carro? / miren nomás qué potencia imbéciles / cómo se me quedan viendo los pendejos en el paseo y en la central / en todas las calles / hazte a un lado móndrigo onappafa / hágase a un lado la perrada / háganse a un lado los jodidos porque ahí les voy / miren cómo corro / putos) Además, lo que hizo no fue la gran cosa. Todos lo hemos hecho. No pongas esa cara, vieja. Es la verdad. Así somos los hombres. No lo podemos



evitar. Quiere decir que el muchacho no nos salió del otro bando. Y eso es bueno. Aparte, no lo vamos a dejar solo por ahí con un Jaguar. No. Le voy a contratar un servicio de seguridad privada. Como el mío. Le voy a devolver el celular. Así está más seguro y nosotros estamos más tranquilos.

La primera vez que tuve conciencia del resquemor contra el niño fue en aquella junta para padres del colegio. Acabábamos de regalarle el Jaguar y Lucio ya se había ido a Estados Unidos, a otro viaje de los suyos. Quise no estar ahí. Quise evaporarme con el resuello del polvo y dejar a Víctor a la deriva. Absorbí sus miradas. Eran desconfiadas e inquisitivas. Me juzgaban y me declaraban culpable. Mi dignidad de mujer recta, de cáscara católica, digna como cuello de cisne e impecable se pudría con los desmanes de Víctor. Me levanté, salí y uno de sus profesores me siguió hasta el estacionamiento. Perdóneme si me inmiscuyo, señora Bórquez, pero necesito hablarle de Víctor. He conversado con él sobre sus problemas, su vida familiar, sus estudios. Yo creo que podría ser un alumno brillante. Sólo necesita un poco de apoyo. El suyo, claro. Y también el de su marido. (estoy acostado sobre la azotea de la casa / nunca vi las estrellas tan encendidas ni el cielo tan oscuro / ¿cómo se verá desde allá la tierra? / a lo mejor como una insignificante pelota ahogada en el universo / nada más / si una estrella se estrellara contra la tierra nos moriríamos todos / mi papá mi mamá mi hermana mi abue / sobre todo yo / tal vez así dejaría de hacer las cosas que hago / otra vez estoy llorando / ¿por qué?) Víctor y su papá, tengo esa impresión, no se comunican mucho y quizá ahí esté el origen de su comportamiento. Entiendo

que su esposo deba viajar por el trabajo. Pero el bienestar económico es algo secundario. Usted lo sabe muy bien, señora. No debería decírselo. El dinero es accesorio. Lo principal, es la armonía de la familia.

Claro que el bienestar económico es secundario para usted, deseaba gritarle. Nunca lo tendría el muy naco. Leí la envidia trepada en su aliento, la forma como de seguro escrutaba la ropa de marca de Víctor, los cuadernos americanos de Víctor, el Jaguar en dólares de Víctor. Leí sobre su soplo lo mucho que le hubiera gustado tener, durante su juventud, lo de Víctor. O aún hoy con su carcacha, el pantalón viejo, la camisa blanca de axilas amarillas y la pinta de pelafustán. Al rato, dejé de despreciar a ese hombre ingenuo y conformista. En su lugar, desprecié a Víctor. Lo hice por haberme plantado enfrente a tanta escoria —Agripina, su madre, el abogado y ahora este maestrucho de vecindad— y por boicotear el futuro que le teníamos previsto: estudios en los mejores colegios, un título del Tec de Monterrey, otro —el de la maestría— de alguna universidad en Estados Unidos, la gerencia general de una gran empresa, el matrimonio con una casta niña de familia pudiente y unos hijos como él, como nosotros, como papá y mamá. El teléfono, la madrugada de aquel aciago día, sólo alimentó más mi amargura. ¿Es la casa de la familia Bórquez Trujillo? ¿Es usted la madre de Víctor Bórquez Trujillo? (hasta adentro cabrones / miren cómo meto el acelerador / hasta adentro / lo exprimo con el pie / cada vez que pasamos por el paseo o la central se me quedan viendo los pendejos / y me tomo otra chela / vean cómo corro güeyes / ¿no que soy mariquita? / vean cómo me cojo todas las calles de

torreón gómez y lerdo / me echo otra cheve / háganse a un lado móndrigos onappafas / ahí les voy perros / háganse a un lado o me los llevo de frente / ya se quedaron atrás los guarros guaruras que me puso mi papá / ya los hice puré y no me alcanzan / no putos / ustedes querían ir rápido / ahora se aguantan / no jotos / ahora se esperan / no es tarde / todavía no los llevo a sus casas / tarde se nos hace para darle al acelerador / hazte a un lado onappafoso jodido / hazte a un lado chocolate / te digo que te hagas a un lado / pinches mierdas / háganse a un lado o me los llevo de frente) Señora, Víctor tuvo un accidente. Hay varios muertos.

¿Víctor? ¿Mi Víctor muerto? Más le hubiera valido morir. Le avisé a papá y él fue conmigo. Los del otro automóvil eran piezas de un rompecabezas desarticulado. Vi los cuerpos en trozos de un hombre, una mujer y dos niños. Sólo sentí náuseas. Eran unos cualesquiera. El copiloto en el Jaguar, un amigo de Víctor, ya estaba muerto. Había salido disparado. Cuando vi su cerebro al aire, su cráneo abierto, lo sentí casi hasta el llanto. Era un Alcázar. Cuando llegaron los padres del muchacho y me percaté de que eran idénticos a Lucio y a mí, lo sentí aún más. Casi hasta la médula de los huesos. De pronto me pregunté por qué no fue Víctor el muerto. Y luego quise arrancarme esa serpiente de conjeturas aunque se me enredara alrededor de la garganta como collar espinoso. A él y al tercer chico los llevaron al hospital. Nada grave. Gracias a papá y a mi cuñado, el senador, se pulverizaron los obstáculos legales. No pudieron evitarnos la nota roja del siguiente día. Ni me evitaron la furia de Lucio cuando arribó dejando interrumpidos sus negocios en no sé qué país. Con su regreso, mi esposo dejó de ser conmigo pura labia. Papá, por sus favores, fue terminante en la sala de espera del hospital. Mira, Dinora. Tu hijo ya le ha causado a la familia demasiados dolores de cabeza. Ya son demasiados ataques contra nuestro buen nombre, contra nuestro apellido. No sabes en qué estado dejé a tu mamá antes de venir. Una cosa sí te digo. No lo quiero volver a ver. Y déjame decirte algo más. Tú tienes la culpa de su comportamiento. Siempre lo has mimado y consentido de más. Nunca le has puesto un hasta aquí. Por eso, el hasta aquí se lo voy a poner yo. (y me estrellé como una estrella contra la tierra / y sentí que unas gigantes me salían por entre los ojos / y en vez de bailar alrededor de mi cabeza como en las caricaturas se iban elevando hacia el cielo / y eran de todos colores / iguales a las que me ponían sobre la frente en primero de primaria

/ creo que tito se murió / no fue culpa mía / fue de esos pinches móndrigos onappafosos que no se hicieron a un lado al ver mi jaguar / mi jaguar / se chingó mi jaguar / mi pobrecito jaguar / mi amado jaguar / por eso estoy llorando / por mi jaguar) La muerte del hijo de los Alcázar derramó el vaso. Los otros no importan. Son gente desconocida. No son nadie. Pero los Alcázar no se van a quedar quietos. En cuanto este pendejo de tu hijo se recupere y se gradúe, lo mandas lo más lejos posible. ¿Me entendiste, Dinora?

Lo mando lejos. Lo más lejos posible. Al Canadá. A Vancouver. Así termina de aprender el inglés. Alguna vez me dijeron mis conocidas que allá lo hablan mejor. Se va. Aquí me quedo yo a enfrentarlos por él. Si pudiera irme lejos, lo haría. Me iría lo más lejos posible. Se graduó la semana pasada. Sólo fuimos Lucio, mi hija y yo. Nada más a la misa y a la ceremonia. No estamos para fiestas. No me habla cuando vamos hacia el aeropuerto. Hace tres días se despidió de Lucio, antes de que volviera a irse a Inglaterra. A mí no me habla desde entonces. El guardaespaldas nos ayuda con las maletas y nos sigue hasta el mostrador. Adentro ni me mira. Por lo menos debería hacerlo. Como si yo le hubiera plantado el carro de aquellos sarnosos enfrente. Anuncian el abordaje. Lo abrazo. Apenas se deja. Bueno, Víctor. Cuídate mucho, hijito. En cuanto llegues, me llamas. Cualquier cosa también me hablas a mí o a tu papá en el celular. () Te quiero tanto, hijo. Me prometí que no iba a llorar. Pero no puedo. ¿No dices nada? ¿Víctor? ¿No me vas a dar un beso de despedida? ¿Víctor? Ya te vas. Adiós, hijito. ¿Víctor? No dices nada. Te quiero. ¿Víctor? ¿Hijo? 🗨️